



Las huertas de Álvarez y de San Miguel

(8 de enero de 1961)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2582

DOMINGO 23 DE FEBRERO DE 2020



Ciudad del sueño

Sugey Navarro

Es la mañana, tela en los rascacielos
tendida, como un tragaluz gigante.
El sol yace dentro de las ventanas
ojos de las construcciones.

ESCRIBEN: Sugey Navarro, Miguel León, Angélica Mercado,
Raúl García, Salvador Velazco y Leopoldo Barragán.

Panorámica de la Ciudad de México desde el Castillo de Chapultepec, foto de Julio César Zamora.

Tendencias citadinas

Julio César Zamora

*Take me down to the paradise city
where the grass is green and the girls are pretty.*

Guns and Roses

¿Qué es lo más atractivo de una ciudad? Su gente, dirán algunos; su cultura, dirán otros. Pocos hacen referencia a la arquitectura de los lugares, a sus cualidades estéticas o a los vitales espacios que habitamos, en los que nos desarrollamos y convergemos como una civilización, de ahí el significado etimológico de este sustantivo femenino, ciudad, de *civitas*, término latín que usaban para llamar así a la ciudadanía romana, a la concurrencia o confluir de personas independientemente de su religión o etnia.

En una encuesta realizada por *Ágora*, resaltó que la mayoría de las personas no vinculan de manera inmediata o consciente la arquitectura como un encanto imprescindible de las ciudades. Algunos destacaron la gastronomía, las tradiciones, los museos y los jardines, que si bien este último forma parte de la arquitectura de paisaje, casi nadie privilegió el diseño constructivo de la ciudad, sus fraccionamientos, edificios públicos, plazas, calles y avenidas, etcétera.

Dos respuestas muy recurrentes de los encuestados fueron la “tranquilidad” y el “clima”. Entonces, más allá del atractivo visual o intelectual, se le da preponderancia al estado o forma de vida que prevalece entre la población y el aspecto atmosférico, donde el entorno sólo será agradable si cumple con estas características. Cuando se les preguntó cuál ciudad elegirían para vivir, llamó la atención que la gran mayoría optó por ciudades mexicanas: Colima, Ciudad Guzmán, San Cristóbal, Oaxaca, Guanajuato, San Miguel de Allende, Querétaro, Puebla, Morelia, Mérida, Guadalajara y Ciudad de México, elecciones diversas en cuanto a estilos de vida y arquitectura, desde muy coloniales, neoclasicistas y hasta vanguardistas. Entre las ciudades extranjeras, París, por el arte; Nueva York, por la diversidad; Los Ángeles, por su historia cultural.

Desde luego, quienes eligieron la Ciudad de México y Guadalajara prefieren la modernidad, el movimiento permanente y toda esa multiculturalidad que tiene; mientras que quienes optaron por Colima, Ciudad Guzmán, San Cristóbal y Oaxaca, son los amantes de la tranquilidad y los espacios verdes. Los que decidieron Guanajuato, San Mi-

guel de Allende, Querétaro, Puebla, Mérida y Morelia son los que se fascinan con la historia, el arte, la gastronomía y desde luego, aunque no lo precisaron tal cual, gustan de la arquitectura colonial mexicana, pero que también se fusionan con infraestructura moderna.

El arquitecto Manuel de Solá-Morales decía que en el mundo contemporáneo, “las ciudades son las máquinas fantásticas que permiten transformar la soledad en intercambio y la ignorancia en progreso”. Más allá de teorías urbanistas que definen a la ciudad como el *orden*, el constructor de origen vasco opinaba que era la *diferencia* lo que la distingue, lo cual es comprensible si atendemos el axioma de Aristóteles: “Una ciudad está compuesta de distintas clases de hombres; personas parecidas no pueden formar una ciudad”.



ciudad como un conjunto de redes y de infraestructuras, el arquitecto resaltó las esquinas como “el lugar en el que se encuentran los enamorados y el espacio en el que se forman las barricadas (...) las esquinas de dos calles hacen ciudad y la ciudad en conjunto es una red de esquinas”.

Si bien las ciudades están constituidas por una tipología residencial dominante, en su conjunto, el espacio público es el escenario vital de la ciudad, donde confluyen las personas. Pero también es el testimonio de la memoria colectiva, si bien se registra una parte en documentos escritos, la otra se conserva en obra construida, aunque la tendencia en las urbes se dirige más hacia la evolución que a la conservación.

Tras la encuesta realizada, ante la diversidad de opiniones, uno de los vínculos más fuertes que atrae a las personas con la ciudad es por el entorno natural y cultural, más que por el físico y el artificial; también el clima y la dinámica social (tranquila o enfebrecida) son factores determinantes en la elección del espacio o lugar, sin embargo, todas estas son condiciones intrínsecas de la arquitectura, entre otras que además de la funcional, tiene su intencionalidad estética. Por ello, aunque la mayoría de los encuestados no la destacó, las ciudades elegidas resaltan por su belleza arquitectónica.

En una ponencia titulada *Ciudades, esquinas*, De Solá-Morales, en el contexto de una diversidad cultural, destacó las esquinas de las urbes como metáfora y símbolo de esta interrelación que se produce entre la arquitectura y los ciudadanos. Más que preponderar a la

Ciudad del sueño

Sugey Navarro

Es la mañana, tela en los rascacielos tendida, como un tragaluz gigante. El sol yace dentro de las ventanas ojos de las construcciones.

Bajo la misma sábana, dormimos todos, hacemos el amor bajo la única noche-día, y no sabemos quién habita al lado de la casa.

Hablan más los anuncios que el transeúnte: compramos los mandamientos, que las paredes gritan ante la mirada ciega.

Nuestras miradas han dejado de cruzarse, los ojos de las construcciones hablan entre ellos. Nosotros, mudos, avanzamos con letargo. Andamos en inercia, destiempo, prisa.

Entre más calles, siempre se andan las mismas. Habrá que ser turistas en la propia casa para dejar de obviar el duro asfalto.

Resulta necesario estar a veces afuera y cada vez más lejos abrir el paso, vuelta a la memoria buscar la lava envuelta en pavimento encontrar fuego debajo de las pisadas.

¿Viste el brillo que arde en el concreto? Ojos de los edificios, miradas de fuego.

Cuántas ventanas encienden al día Cuántos pequeños soles. Cuántos.

Hay que plantarse fuera, detrás de la malla entre los barrotes, sobre la frontera y entrar a ver que tu cama vacía es la única que aguarda, inmóvil.

Siempre habrá quien colme el espacio que habrías ocupado, aún tibio. Un respiro más, es igual que uno menos cuando la ciudad ya se encuentra repleta y todo rincón está colmado de voces.

Ardemos bajo los ojos de fuego. nos fundimos sobre el asfalto.

Vi-viendo la calle

Angélica Mercado A.

Si quieres conocer una ciudad, camínala, dicen por ahí con toda razón.

Caminando, la ciudad se presenta ante nosotros así como es toda ella, tan encantadora como mañosa, implacable y caótica. Ante todo es muy, muy real. En sus calles se guardan historias, peculiaridades que hacen de un espacio y su gente, un universo de instantes capturados que construyen nuestro imaginario. Para el fotógrafo de calle, es un campo de juego ideal, es donde te pierdes a propósito y encuentras sin buscar, donde la ansiedad y la paciencia hacen tregua para atrapar momentos significativos e irrepetibles sobre la condición humana y su entorno. Es como un festín semiótico, todo escondido a la vista.

La calle está llena de escenas, de actos que los fotógrafos elegimos para ordenar en una secuencia única, una sola toma que codifique todo a la vez para escribirlo con luz en una fracción de segundo. “El momento decisivo”, como lo llamaba el fotógrafo Cartier Bresson, está ahí, en cualquier momento puede ocurrir y habrá que estar alerta para intentar reproducirlo. Caminas, encuentras, vigilas, esperas, pláticas, esperas, y de repente sucede, pleno vuelo y has disparado justo en el ojo.

Todo lo que aparece frente a nosotros constituye un estímulo que desata un impulso, una reacción. La cámara posibilita materializar esos impulsos y así, un segundo de la vida cotidiana se puede transformar en documento social. Al fotografiar una

sola realidad, muchas otras pueden verse, distintas realidades coexisten en una sola imagen y cada elemento que la conforma marcará la diferencia en el impacto visual de una fotografía. Cinco grados de inclinación más, centímetros menos a la izquierda o una milésima de segundo después definen el significado de la imagen o lo pierden para siempre.

La casualidad, el azar, la silla que siempre decora la banqueta de tal calle, la comida que perfuma la cuadra, los personajes que visten el paisaje urbano, el comportamiento incierto de los peatones, todo y todos son rasgos distintivos de una ciudad que el fotógrafo abstrae en una especie de haiku fotográfico. Al caminar la ciudad, nos podemos identificar con ella, se desarrolla un sentido de pertenencia que encariña y al ser parte de algo, se tiene un ojo en lo documental y el otro en la intención personal otorgando voz al discurso visual.

El fotógrafo de calle llega con la mente en blanco para darle cabida a la sorpresa; se camufla, se mueve sigiloso con la mirada alerta y el instinto como guía para acechar y actuar. No se trata de arrebatar imágenes con alevosía, más bien se trata de un intercambio, tanto fotógrafo como transeúnte son extraños relacionándose íntimamente por un instante que se pretende perpetuar.

El trabajo de Javier Flores Cruz refleja esa empatía que hace de sus fotografías parte del relato visual de la historia social de Colima; desde hace años camina las calles aparentemente sin plan, como buen



Foto de Javier Flores Cruz.

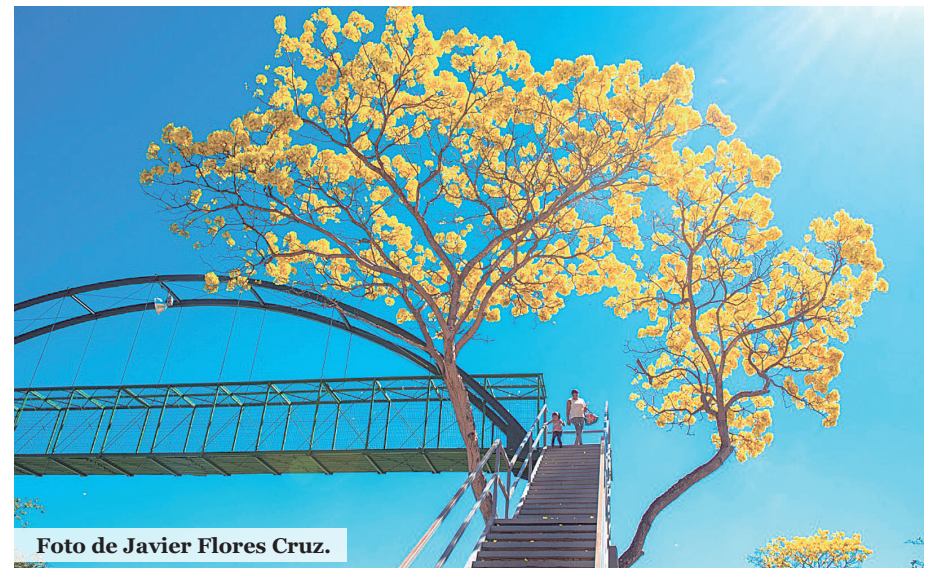


Foto de Javier Flores Cruz.



Foto de Javier Flores Cruz.

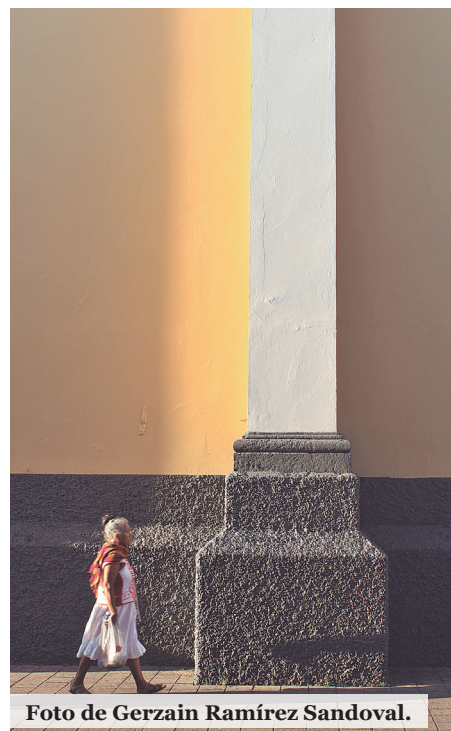


Foto de Gerzain Ramírez Sandoval.

andariego parece que estuviera esperando que alguien le regale un pedazo de acción para apropiárselo un momentito y liberarlo en imagen, así retrata su gente, más que encuentros fortuitos, parece acompañar amigos en su día a día, re-imagina la rutina del barrio dejando atrás la mirada de lo urbano y de alguna manera, muy peculiar, rescata el sentido rural de la ciudad creando un efecto atemporal y familiar en sus imágenes.

Creo que su destreza no es exclusiva de una mirada educada, Javier colorea todo lo que ve; creció en el Moraleté, escenario que desde pequeño recorrió como manojito de hediondilla, haciendo de las calles su propio patio de juego, esta práctica y el encuentro con la fotografía durante sus estudios universitarios, hicieron de sus andanzas una profesión. Reconoce con admiración las enseñanzas de sus maestros Martín Ramírez Cruz, quien lo encaminó en el manejo de la cámara, y Cecilia Álvarez, con quien no sólo aprendió a componer y a fluir entre lo que se ve y lo que se siente, sino que compartió caminos

que han forjado su trayectoria.

Su primer acercamiento con la fotografía de calle, fue durante su trabajo sobre fiestas populares, encontrando así, el medio ideal para expresar su cariño y respeto por las tradiciones y por los barrios. Javier sonríe desde la cámara y contagia a más de un espectador, colega o aprendiz. Tal es el caso de Gerzain Ramírez, quien después de cursar fotografía con Javier se lanza a las calles a ver, y aprendió a hacerlo muy bien, motivado, según sus palabras: “...porque capturas un instante que jamás volverá a suceder”; ha logrado atrapar escenas con la mirada fresca, un talento emergente que anda por ahí disfrutando de la luz mientras camina la ciudad.

La fotografía de calle es una de las prácticas más completas y exigentes, no basta con tener una historia que contar, aplicar el lenguaje visual, ser audaz o dominar la técnica, se trata de aplicar todo a la vez, de disparar en pleno vuelo.

A través de la fotografía de calle, más que conocer una ciudad, la vemos directo a los ojos, la vivimos a todo color.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Las huertas de Álvarez y de San Miguel

Don Manuel Sánchez Silva

(8 de enero de 1961)

Para levantar los edificios correspondientes a la Unidad Cultural de Colima, se han escogido los terrenos de las huertas de Álvarez y San Miguel, cuyas viejas historias están ligadas a la vida de esta ciudad en el transcurso de los últimos 100 años.

De manera especial, la huerta de Álvarez constituyó uno de los sitios predilectos para los colimenses de fines del siglo pasado y primer tercio del presente. Ubicada a inmediaciones de la margen derecha del río Colima, fue el más solicitado lugar para la celebración de toda clase de festejos. En sus cuatro grandes piscinas aprendieron a nadar la mayor parte de los niños y jóvenes de aquel tiempo y encontraron diversión amena y prolongada lo mismo las más distinguidas familias que las gentes de humilde extracción social.

Un tupido bosque de palmeras, mangos, mameyes, cafetos y otros árboles frutales, enmarcan todavía las construcciones, consistentes en las ya mencionadas albercas, una glorieta central, donde se efectuaban comidas y bailes, y las habitaciones de la familia propietaria.

Hasta hace 30 ó 35 años, en que el río Colima contaba en todas las épocas del año con una corriente caudalosa, esas huertas disponían del agua suficiente para sus baños, que sistemáticamente se vaciaban y limpiaban “a cepillo” dos veces por semana, a fin de que siempre estuvieran aseados. Y era un placer común recorrer aquellas umbrosas arboledas -que de poder hacerlo revelarían más de un secreto amoroso-, para después “alquilar un tanque” y gozar el deleite de las frescas aguas.

Durante muchos años la huerta de Álvarez fue el asiento natural para los banquetes políticos, festejos de cumpleaños y alegres “tardeadas” en que el principal atractivo estaba constituido por la merienda vernácula a base de atole de leche, de tamarindo o “cascarilla”, con sabrosos tamales calientitos de pollo, de carne de puerco o de dulce.

En esas reuniones, típicamente provincianas, se formalizaban noviazgos o se rompían compromisos sentimentales y, al calor de las copas ingeridas, los hombres estrechaban su amistad o se distanciaban por cualquier broma pesada, dicha entre dos sorbos de aromático ponche de granada.

Para la chiquillería escolar, la huerta de Álvarez era el insustituible lugar para “hacer la pinta”. Diariamente, en época de clases, la visitaban parvadas de muchachos que fluctuaban entre los 10 y los 13 años. Ahí pasaban las horas de

estudio, jugando a las “alcanzadas” por la intrincada floresta o a la “pegajosa” y al “ven-hazme” en los cuartos de baño, cuidando siempre de calcular la hora en que deberían salir de la escuela para abandonar la huerta e irse a casita, sacudiéndose el pelo para facilitar que el sol se los secara y aplicándose en el camino cal de las paredes y tierra sobre el rostro, a fin de que los padres no advirtieran que, en vez de haber asistido a clases, se habían pasado el tiempo en la huerta.

Para los afectos a hacer “la pinta”, que vivían de este lado del río de Colima, la ida a la huerta de Álvarez ofrecía un interés especial: cruzar la mencionada corriente de agua suspendidos de un cable de acero que de orilla a orilla se había tendido en el lugar donde ahora se halla el puente Maclovio Herrera, de reciente construcción.

Ese cable fue colocado durante el gobierno del licenciado don Enrique O. de la Madrid con el propósito de instalar un puente colgante, pero el proyecto no pasó de elegir sendos parapetos y ajustar en ellos los extremos del citado cable, por el que los muchachos avanzaban “a canilla”, siendo un motivo de campeonaturas hacerlo en el menor tiempo posible y sin otra ayuda que la fuerza de los brazos. Por supuesto que muchos de los improvisados gimnastas se desprendían a medio camino y caían sobre el río, viéndose obligados a desnudarse ahí mismo para poner a secar al sol sus ropas ensopadas, mientras se restañaban los rasguños ocasionados en el percame.

Cuando empezó a decrecer el caudal del río las huertas de Álvarez y San Miguel entraron en deca-

dencia, disminuyendo su prestigio para las fiestas políticas y familiares y hasta para los estudiantes, que fueron perdiendo la tradición de hacer “la pinta”, en vista de que por la flojedad de la enseñanza, advirtieron que el mejor y más cómodo sitio para no estudiar era su propia escuela.

Esas huertas, que hasta hace unos cuantos años tuvieron una intensa vida social y económica, languidecieron cada vez más hasta quedar reducidas a la expresión de un grato recuerdo en quienes las conocieron en la plenitud de su esplendor y que ahora experimentan cierto amargor de tristeza, al saberlas condenadas a desaparecer en breve, pues con ellas se extinguirá uno de los aspectos folklóricos más amables del viejo Colima.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†

Foto de Javier Flores Cruz.



A las nueve en punto

Estambul, la ciudad de la melancolía

Salvador Velazco

*¡Oh, Dios mío! Haz que esta ciudad
florezca hasta el fin de los tiempos.*
Sultán Murad IV, 1638 D.C.

Estambul es conocida como la ciudad de los tres nombres: Bizancio, Constantinopla y Estambul porque, como una suerte de palimpsesto, conjuga diferentes tiempos históricos. Bizancio fue una ciudad griega situada en la entrada del estrecho del Bósforo que divide a Europa de Asia. El primer emperador que permitió el culto cristiano, Constantino el Grande, la refundó como Constantinopla en el año 330 convirtiéndola en la capital del imperio romano. Con la caída de esta ciudad en manos de los turcos otomanos en 1453, cambió su nombre a “İstanbul” que significa “en la ciudad”. El fin del imperio otomano en 1922 dio paso a la fundación de la República de Turquía.

Entre Oriente y Occidente, entre Asia y Europa, esta ciudad transcontinental se ha convertido en el centro histórico, económico y cultural de Turquía, visitada por millones de turistas cada año. El que escribe estas líneas fue uno de ellos en 2018. Como buen turista, exploré sus mezquitas, sus palacios, sus bazares, sus barrios, sus plazas, sus callejuelas. Crucé el Bósforo en ferry para visitar Üsküdar, un distrito de Estambul situado en la parte asiática. Pocos paisajes se igualan al de contemplar desde el barco las siluetas de las mezquitas que se van perdiendo a lo lejos o la espectacular puesta de sol sobre el estrecho.

Siempre he pensado que las ciudades nos ofrecen una experiencia física única cuando deambulamos por ellas. Walter Benjamin nos dice que Charles Baudelaire en sus poemas se convierte en un *flâneur* —un paseante sin rumbo específico— por la ciudad de París para expresar su melancolía frente a esa capital del siglo XIX que empezaba a sufrir una gran transformación urbana. Porque las ciudades no solo son objetos para contemplar: en las ciudades hay gente, hay olores, hay ruidos, hay ritmos, hay historias y relatos; pero, las ciudades, sobre todo, nos despiertan sensaciones y sentimientos. Como París para Baudelaire, Estambul nos sumerge en la melancolía.

En *Estambul: ciudad y recuerdos* (2005), el escritor turco que ganó el Premio Nobel de Literatura en 2006, Orhan Pamuk, escribió un retrato maravilloso de la

ciudad en donde nació en 1952. Para describir el estado de profunda melancolía que despierta en él la ciudad en que ha vivido toda su vida, Pamuk usa la palabra turca *hüzün*, que “describe un sentimiento derivado de una pérdida especialmente dolorosa en lo espiritual”. En su narración, el autor evoca a aquellos escritores, fotógrafos y pintores que han señalado que la sublime belleza de Estambul reside en su melancolía. Los paisajes del Bósforo de Antoine-Ignace Melling o las impresiones de la ciudad del poeta Théophile Gautier o del novelista Gustave Flaubert,

por citar algunos ejemplos de visitantes europeos, son testimonios de una ciudad que empieza a mostrar el gradual declive del glorioso imperio otomano para abrazar la modernidad occidental. Dicho de otro modo, el *hüzün* es un sentimiento colectivo de los estambulíes al evocar el esplendor de un mundo perdido que aún perdura en la belleza de sus ruinas y paisajes de su ciudad.

Durante mi visita a Estambul me transformé en un *flâneur* con la idea de no seguir una ruta específica ni consultar mapas; literalmente, me lancé a la ciudad. Recorrí los bazares atestados de productos y mercancías; me interné en la avenida de İstiklal y la plaza Taksim para confundirme con esa multitud de transeúntes con atuendos que revelaban su origen oriental u occidental; a mi paso por las calles me llegaban los fuertes aromas de las casas de té y en los muelles el olor a mar; me subí al histórico tranvía que recorre los pintorescos barrios; más de una vez me pasaron a un lado los gatos callejeros que los estambulíes alimentan y protegen; me adentré en la antiguas cisternas construidas bajo la ciudad; contemplé de noche la insólita arquitectura de Hagia Sophia y la mezquita Azul; me sorprendió la sencillez de la tumba de Solimán el Magnífico en la mezquita de Süleymaniye; en el Palacio de Topkapı, el que fuera el centro administrativo del imperio otomano, me fascinó la sala de las esmeraldas y otras piedras preciosas; un laberinto de calles me condujo de pronto a los pies de

la Torre de Gálata; observé como si fuera una acuarela el paso de los barcos por el Cuerno de Oro en el crepúsculo; más de una vez me despertó el *ezan*, esos cánticos que convocan a los fieles a las mezquitas para sus oraciones, misteriosos para mí, cánticos que nunca olvidaré.

Descubrí, en efecto, que Estambul es la ciudad de la melancolía.



Salvador Velazco en Estambul. Al fondo la mezquita de Ortaköy.



Las aguas del Bósforo. Foto de Salvador Velazco.

Las ciudades y los presentes-ausentes

Raúl García

*Las distancias apartan las ciudades,
las ciudades destruyen las costumbres.*
José Alfredo Jiménez

Paul Virilio es un teórico cultural parisino, autodeclarado urbanista más que filósofo. Su trabajo -dice- *no es solamente un trabajo sobre el discurso, sino también sobre el trayecto*, es decir, los fenómenos de desplazamiento espacio-temporal intersubjetivos ocurridos en las ciudades, estas últimas como formas de organización social y política. Las ciudades, pues, se constituyen por las relaciones entre individuos marcadas por la proximidad y el distanciamiento según la velocidad con que crezcan y se muevan. Así, por ejemplo, mientras más crezca estructuralmente determinada ciudad, más tenderá al fraccionamiento y desintegración de las relaciones comunitarias.

He aquí el detenimiento del cual fui presa cuando analizaba su exposición teórica: de repente, al hablar de la expansión de las ciudades y sus consecuencias (distanciamientos, fracturación del individuo, alejamiento del otro, espejismos virtuales, etc.), suena en mi cabeza la melodía de *Las ciudades josealfredianas*. De tal forma, no pude resistir ante la tentativa de hacer un análisis interpretativo de dicha canción a la luz de la teoría respecto la noción de ciudad en Virilio. El propósito es, quizás, quitarle esa parte mística-divina que alguna vez de esas en que clavo el codo en las barras de cantina escuché se le atribuía como forma interpretativa a dicha canción.

La noción de ciudad en Virilio está ligada pues a fenómenos de relaciones intersubjetivas, a formas de organizar el contacto entre individuos y grupos; incluso llega reducir la historia de la humanidad a cuestiones de urbanización, es decir, de ocupación del espacio. El individuo organiza su vida y sus relaciones intersubjetivas reales o virtuales en proporción a la estructura de la ciudad en donde vive. La cuestión se torna realmente interesante cuando entran en juego las telecomunicaciones y el Internet, puesto que los espacios, las relaciones de interacción entre personas se ven transfiguradas drásticamente.

Es aquí que el autor advierte con tono dramático uno de los malestares actuales de nuestros tiempos: la pérdida del cuerpo en ganancia de las redes virtuales de comunicación. ¿Cuántas veces no hemos visto, por ejemplo, en alguna ocasión de “convivio grupal”, que las personas lucen distanciadas del otro próximo, alejadas, alienada cada cual en su dispositivo móvil? He aquí el problema de la realidad virtual: la pérdida del ‘aquí’ en beneficio del ‘ahora’, la división esquizofrénica del cuerpo, estamos y a la vez no estamos, todo se reduce a la fugacidad del momento; el tiempo ahora es consumido en megabytes, o mejor dicho, se consume a la par, segundos y megas. La realidad virtual es la negación del aquí para afirmar que podemos estar en todas partes, fragmentados.

Ahora bien, lógicamente los adelantos tecnológicos no dieron para tanto en el contexto en que se circunscribe la vida de José Alfredo Jiménez, no obstante aquí señalamos algo también advertido con tono dramático por este cantautor mexicano. En efecto, presenta una noción no sólo teórica sino también anímica, parecida a la de Paul Virilio cuando habla del distanciamiento intersubjetivo a causa de las ciudades, de su crecimiento estructural y con ello también lo político-social. Así, cuando canta en su estribillo: “Las distancias apartan las ciudades, las ciudades destruyen las costumbres”, creemos se refiere precisamente a esa ley urbanista declarada por Virilio cuando afirma

que a mayor crecimiento mayor distanciamiento entre las personas. No hace falta hacer notar ese tono lánguido de la melodía al compás de una voz que parece lamentarse por haber perdido algo o alguien. La canción parece plantear así una especie de tensión existencial entre dos momentos opuestos: uno pasado y otro actual (que es donde se suscita el desencuentro).

No cabe duda, pues, de que José Alfredo plantea un encuentro-desencuentro bastante angustiante; así dice al principio: “Te vi llegar y sentí la presencia de un ser desconocido; te vi llegar y sentí lo que nunca jamás había sentido”. No habla aquí de estar ante alguna presencia divina, de una experiencia de éxtasis místico, habla más bien de una experiencia corporalmente disonante, desencajada, habla del distanciamiento existencial entre dos seres.

Distanciamiento, no obstante, paradójico, puesto que no implica una separación espacio-temporal; es un encuentro desencontrado de dos seres que antes eran próximos y ahora se dimensionan en un desplazamiento afectivo. “Te quise amar y tu amor no era fuego, no era lumbre; las distancias apartan las ciudades, las ciudades destruyen las costumbres”; José Alfredo así atribuye ese desplazamiento al efecto que causan ‘las ciudades’, es decir, su crecimiento dimensional y con ello el detrimento del otro próximo, cercano. “Las ciudades destruyen las costumbres”, en efecto, esas costumbres de convivio en comunidad con el otro próximo.

A su manera, Paul Virilio advierte -preocupado- ante este fenómeno visto de forma más clara en el Internet, virtualidad que reduce los espacios permitiéndonos interactuar con el otro lejano. Llama a reencontrarnos con el

cuerpo perdido en el ciberespacio, a no preferir al que está lejos por el que se encuentra cerca y me requiere. He aquí la importancia de darle una interpretación existencial a ‘las ciudades’ josealfredianas y atender una especie de advertencia: las políticas de convivio social que plantea el gobierno de la velocidad y el instante en las ciudades, debido a su igual veloz crecimiento conllevarán, si no reflexionamos en ello, a una ciudad constituida por presentes-ausentes: presentes en el ahora, ausentes en el aquí, corporalmente divididos. Y ahora sí, como refiere Virilio, perderemos el derecho de ciudad; como dice José Alfredo, nuestro cuerpo entero se llenará de frío.



**La realidad virtual es la negación del
aquí para afirmar que podemos
estar en todas partes, fragmentados.**



Ciudad Biciletera

Miguel Ángel León Govea

Ciudad Biciletera se encuentra a cero metros sobre el nivel del mar, cerca de la costa. Su temperatura anual promedio es de 24 grados. En Ciudad Biciletera los carros no están prohibidos, pero la gente no los necesita, y mejor aún, no los prefiere. Por lo tanto, desde hace años existen sólo en los museos y están asociados a la vieja idea de progreso.

Se trata de una ciudad diseñada con líneas rectas, una ciudad-línea, como un termómetro horizontal. Es una urbe cultural, en contraposición al cielo, opuesta a las formas irregulares del mar o de las montañas. Es una ciudad humanizada, una ciudad que luchó contra el progreso y rescató la civilización.

Es común ver a la gente con sus manos manchadas de grasa, pues como todo buen bicicletero sabe, las cadenas de las bicicletas se salen a menudo de los engranes. Por eso, en Ciudad Biciletera los disolventes de grasa son muy solicitados y existen dos tiendas especializadas en su venta.

En las conversaciones de la escuela secundaria, cuando se conoce a nuevos amigos, casi siempre el primer tema de conversación son las cicatrices en las piernas, los raspones que se han tenido por caerse de la bici: “ésta me la hice cuando tenía 5 años”, “mira, y yo ésta la semana pasada”. Las cicatrices de las caídas son la representación del erotismo. Nada más bello que cuidar las heridas del ser amado; para ello existen rituales que nacen y comienzan a arraigarse en la población.

En tiempos pasados la ciudad se vio afectada por un gran problema, y es que gracias a las tremendas piernas de los habitantes la ciudad comenzó a ser un atractivo sexual para los extranjeros, proliferando el turismo por sexo. Por cierto, los habitantes padecen de pérdida de sensibilidad en sus órganos reproductivos debido al contacto prolongado con el asiento de la bicicleta; por esta razón, las piernas y los puentes de los pies son considerados como nuevos órganos sexuales, aunados al sentido de las palabras al oído.

El puente más alto de la ciudad apenas libra la altura del ciclista promedio. Los demás son más pequeños aún y sirven para cruzar los canales de agua de la urbe, y de paso, como reductores de velocidad.

Un día, Ciudad Biciletera se puso de acuerdo con otras ciudades que habían copiado su modelo de urbanidad, es decir, de vida, y propuso un intercambio de ciudades. Así, todos sus habitantes montaron sus bicicletas y emprendieron un viaje que los llevaría hacia la ciudad *Mountain Bike*, ahí conocerían el frío de las montañas y se enfrentarían a un esfuerzo sin precedentes para sus piernas.

Durante el camino, los habitantes de ambas ciudades se encontraron para compartir agua y celebrar la vida. Hicieron el necesario intercambio de bicicletas tradicionales por bicicletas de montaña y continuaron, alegres, hacia sus destinos.

Hay un pueblo entero que se fue en bicicleta a recorrer el mundo. Sus caminos se unen con antiguas carreteras, con veredas y terracerías; forman líneas entre países donde el lenguaje no ha sido suficiente. Avanzan despacio y sin prisa, la palabra “futuro” ha desaparecido del vocabulario. Y es que, en su filosofía, la rueda es también una forma de reinventar el tiempo.

Bogotá, 2014



Los habitantes padecen de pérdida de sensibilidad en sus órganos reproductivos debido al contacto prolongado con el asiento de la bicicleta; por esta razón, las piernas y los puentes de los pies son considerados como nuevos órganos sexuales, aunados al sentido de las palabras al oído.



Ciudades y gastronomía

Leopoldo Barragán Maldonado

Fue un martes, al filo de las nueve y media de la mañana, cuando a bordo de una camioneta tripulada por Ángel Isidro Palacios (josealfrediano de corazón), varios ganadores del Concurso Literario Memorias del Viejo y la Mar (2018) arribamos al Mercado Hidalgo —ubicado en el centro de la capital guanajuatense—, diligentemente nuestro guía Orlando Palacios abrió las puertas laterales del vehículo para que desembarcara nutrido grupo de amigos provenientes de diferentes ciudades de la República, quienes ávidos por degustar un buen desayuno nos instalamos alrededor del local ‘las Fondas de Gaviras’, para seleccionar nuestros platillos favoritos. Dicho mercado, que es otro de los atractivos turísticos capitalinos, no sólo se remonta a la época de Don Porfirio, sino que recuerda el lema positivista ‘orden y progreso’, reflejado en su estructura metálica como testigo histórico de la segunda gran revolución industrial europea y el triunfo arquitectónico del hierro.

Comprar, vender y comer en los mercados públicos es hilvanar parte del tejido social, estos lugares son foco de atracción de marchantes, hierberos, artesanos y mercaderes, facilitan la interacción social, el flujo de dinero, y la convivencia cultural, por algo señaló Max Weber que “el mercado es la forma más antigua de una esfera pública (...) donde existe una tendencia a la constitución de una ciudad”. Probablemente por nuestra influencia grecolatina busquemos los antecedentes de los mercados en el ágora griego o en las plazas itálicas; sin embargo, los mercados tienen más conexión con el *markt* alemán, que con el ágora y la plaza.

En dicho sentido, es importante tener presente la distinción que hace Erich Khaler (2010): “la *piazza* italiana, como el ágora griego y el fórum romano, era un lugar para las asambleas públicas (...) el comercio quedaba relegado a un lugar secundario, o se efectuaba en otro lugar. En contraste, el *markt* es el centro de la ciudad (...) el punto focal de la *piazza* es el espacio abierto del centro, el *markt* no tiene un solo punto focal y la atención no es atraída por el centro, sino por las tiendas y puestos que lo rodean”.

En esos puestos escuchamos la algarabía de los locatarios por atraer a su clientela, en el mercado encontramos de todo, además representan economía para nuestros bolsillos y alimentos frescos. Certeramente comentó mi amigo Telmo Cuevas: “mira, es lo que te digo, ahí en el mercado está el chicharrón, está hirviendo, hirviendo, no puede tener bacterias, ¿ya me entendiste?, por eso soy de mercado”.

Cada locatario desempeña un papel social fundamental, envolviéndolos cierta espiritualidad que hicieron resaltar los místicos del siglo XIV. Por ejemplo, el maestro Eckhart recomendaba a la gente no buscar a Dios con visiones y extravagancias, sino “en el hogar o en el establo”, es decir, haciendo bien las cosas, y su discípulo Juan Taulero siguió la misma línea reafirmando que “la obra de un zapatero es superior a la de un sacerdote”. El mensaje de estos místicos está orientado para que hombres y mujeres realicemos honestamente el trabajo que Dios nos destina. Lo vuelvo a reiterar: la buena cocina es mística, cocinar es un acto ético.

Los hábitos alimenticios son caprichitos de la glotona voluntad difíciles de cambiar. En breve conversación con la muchacha que nos atendió en el Mercado Hidalgo, le pedí que me explicara la preparación de los chilaquiles, y como no es lo mismo tortillas que totopos, opté por unas enchiladas suizas. ¿En realidad serán suizas las enchiladas, o sólo reciben tal nombre por el queso que las cubre? En varias ocasiones que visité la Confederación Helvética, nunca vi que las suizas comieran enchiladas. Como los nombres culinarios son meros convencionalismos, basta una manera de confeccionar alimentos para denominar cualquier región, así decimos enchiladas poblanas, enchiladas queretanas, enchiladas

colimotas, o enchiladas mineras para hacer alusión a Guanajuato.

La cocina típica, los platillos regionales, más allá de su elaboración y sazón especiales, también son portadores de simbolismo cultural, e inclusive pueden ser criterios para delimitar espacios geográficos. Michael Stürmer (2003) hace una analogía entre la comida y la arquitectura de la época guillermina, señalando que los modos de construcción de las casas marcaron la diferencia entre ciudades del norte y el sur, el este y el oeste de Alemania; pero no sólo eso, sino que también aclaró que “la comida era, por encima de cualquier otra cosa, la expresión más evidente de la diferencia”. Es cierto, una simple tortilla hace la diferencia entre chilaquiles colimotes y chilaquiles guanajuatenses.

La cocina urbana y rural son tarjetas de presentación de pueblos y ciudades. Cuando viajó a Dolores Hidalgo, es mi gusto comer las típicas ‘guacamayas’. En Guanajuato los chicharrones sí truenan. Aprovechando la reunión anual que celebrábamos en estos lugares, y encontrándonos en un salón del hotel Santa Cecilia, previa a la noche bohemia josealfrediana, hicimos una pausa para hablar acerca de la gastronomía regional. Nuestro amigo regiomontano José Díaz Salcido, fue enfático: “¡el que no come machaca, no conoce Monterrey!”, algo parecido cuando los rodillones decimos: “¡el que no toma tuba, no conoce Colima!”



Los platillos regionales también son portadores de simbolismo cultural, e inclusive pueden ser criterios para delimitar espacios geográficos.

Paty Moreno, artesana radicada en el Pueblito, municipio de Corregidora, Querétaro, comentó que lo tradicional son “las gorditas de guisos, las guajolotas y las enchiladas queretanas”. Posteriormente, Óscar Guluarte Lizárraga, originario de Guaymas, Sonora, nos platicó que “por ser puerto se dedica a la pesca del camarón, jaiba, pargo, y es el principal productor de sardina a nivel nacional, entre su actividad culinaria destaca la preparación de ceviches de camarón y de pescado, así como la degustación de almeja chocalata, pescado zarandeado, y sobre todo se hace énfasis por la preparación de carne asada acompañada con tortilla de harina, y también el menudo norteño”.

En seguida, Jesús Espino Rangel, potosino de hueso colorado, enfatizó que “se ofrecen diversos platillos regionales de muchos municipios, por lo que respecta a la ciudad de San Luis Potosí se nombran las enchiladas potosinas y los tacos potosinos, entre otros”.

Por su parte, la escritora y poeta Corazón Casanova, originaria de Campeche, nos cuenta que las especialidades culinarias de su tierra son “el pan de cazón, el pámpano empapelado y el relleno negro, una combinación de pavo, puerco molido

y huevos sancochados, conocido también como ‘but’.

Finalmente, Héctor Fernández Guevara, oriundo de Tampico, puerto que debido al auge petrolero en la década de los 20 se le conoció como el “Nueva York de México”. Mi amigo Héctor dice que entre las delicias culinarias del puerto se encuentran “la carne asada campiqueña es nuestra estrella, los taquitos blanditos, los tacos dorados, el pescado se cocina en todas sus formas, y los mariscos en todas sus formas, como cocteles de salpicón, de cazón, tortas de camarón, vuelve a la vida y jaibas rellenas”.

Si la gastronomía y sus insumos se han convertido en criterios culturales para la regionalización de identidades y civilizaciones, como lo hizo Fullat al tomar el maíz, el trigo y el arroz para clasificar a las sociedades mesoamericanas, europeas y asiáticas; creo que no sería descabellado anexar el nombre de ‘zona chilaquileña’ junto a las conocidas etiquetas ‘zona cañera’ y ‘zona cafetalera’, para identificar a la parte norte del estado de Colima, ya que para chilaquiles sabrosos los de Comala, Suchitlán y Cofradía.

Guanajuato, Gto. 12 de febrero de 2020